

8552

DC 19

CUENTOS POLICIALES



Cuento policial. MARCO DENEVI
(En <http://sololiteratura.com/dencuentopolicial.html>)

El carbunco azul. ARTHUR CONAN DOYLE
(Doyle, A. C. Aventuras de Sherlock Holmes, en *Sherlock Holmes*, Editorial Óptima, Barcelona, 2000.)

Doble pista. AGATHA CHRISTIE
(En Christie, A., Primeros casos de Poirot, Ed. Planeta, Buenos Aires, 2001.)

La espera. JORGE LUIS BORGES
(Borges, Jorge Luis: *Ficciones*, Editorial Emecé, Buenos Aires, 2001.)

La aventura de Johnnie Waverly. AGATHA CHRISTIE
(En Agatha Christie, *Primeros casos de Poirot*, Buenos Aires, Planeta, 2001, pág. 49.)

Ilustraciones: Eugenia Nobati

CUENTO POLICIAL

Marco Denevi

DC 19

DC 19

823A
2WDE
INV
8552



Rumbo a la tienda donde trabajaba como vendedor, un joven pasaba todos los días por delante de una casa en cuyo balcón una mujer bellísima leía un libro. La mujer jamás le dedicó una mirada. Cierta vez el joven oyó en la tienda a dos clientes que hablaban de aquella mujer.

Decían que vivía sola, que era muy rica y que guardaba grandes sumas de dinero en su casa, aparte de las joyas y de la platería. Una noche el joven, armado de ganzúa y de una linterna sorda, se introdujo sigilosamente en la casa de la mujer. La mujer despertó, empezó a gritar y el joven se vio en la penosa necesidad de matarla. Huyó sin haber podido robar ni un alfiler, pero con el consuelo de que la policía no descubriría al autor del crimen. A la mañana siguiente, al entrar en la tienda, la policía lo detuvo. Azorado por la increíble sagacidad policial, confesó todo. Después se enteraría de que la mujer llevaba un diario íntimo en el que había escrito que el joven vendedor de la tienda de la esquina, buen mozo y de ojos verdes, era su amante y que esa noche la visitaría.

**EL
CARBUNCLO
AZUL**

Arthur Conan Doyle



Dos días después de la Navidad, pasé a visitar a mi amigo Sherlock Holmes con la intención de transmitirle las felicitaciones propias de la época. Lo encontré tumbado en el sofá, con una bata morada, el colgador de las pipas a su derecha y un montón de periódicos arrugados, que evidentemente acababa de estudiar, al alcance de la mano. Al lado del sofá había una silla de madera, y de una esquina de su respaldo colgaba un sombrero de fieltro ajado y mugriento, gastadísimo por el uso y roto por varias partes. Una lupa y unas pinzas dejadas sobre el asiento indicaban que el sombrero había sido colgado allí con el fin de examinarlo.

—Veo que está usted ocupado —dije—. ¿Le interrumpo?

—Nada de eso. Me alegro de tener un amigo con el que poder comentar mis conclusiones. Se trata de un caso absolutamente trivial —señaló con el pulgar el viejo sombrero—, pero algunos detalles relacionados con él no carecen por completo de interés, e incluso resultan instructivos.

Me senté en su butaca y me calenté las manos en la chimenea, pues estaba cayendo una buena helada y los cristales estaban cubiertos de placas de hielo.

—Supongo —comenté— que, a pesar de su aspecto inocente, ese objeto tendrá una historia terrible... o tal vez es la pista que le guiará a la solución de algún misterio y al castigo de algún delito.

—No, qué va. Nada de crímenes —dijo Sherlock Holmes, echándose a reír—. Tan sólo uno de esos incidentes caprichosos que suelen suceder cuando tenemos cuatro millones de seres humanos apretujados en unas pocas millas cuadradas. Entre las acciones y reacciones de un enjambre humano tan numeroso, cualquier combinación de acontecimientos es posible, y pueden surgir muchos pequeños problemas que resultan extraños y sorprendentes, sin tener nada de delictivo. Ya hemos tenido experiencias de ese tipo.

—Ya lo creo —comenté—. Hasta el punto de que, de los seis últimos casos que he añadido a mis archivos, hay tres completamente libres de delito, en el aspecto legal.

—Exacto. Se refiere usted a mi intento de recuperar los papeles de Irene Adler, al curioso caso de la señorita Mary Sutherland, y a la aventura del hombre del labio retorcido. Pues bien, no me cabe duda de que este asunto pertenece a la misma categoría inocente. ¿Conoce usted a Peterson, el recadero?

—Sí.

—Este trofeo le pertenece.

—¿Es su sombrero?

—No, no, lo encontró. El propietario es desconocido. Le ruego que no lo mire como un sombrero desastrado, sino como un problema intelectual. Veamos, primero, cómo llegó aquí. Llegó la mañana de Navidad, en compañía de un ganso cebado que, no me cabe duda, ahora mismo se está asando en la cocina de Peterson. Los hechos son los siguientes. A eso de las cuatro de la mañana del día de Navidad, Peterson, que, como usted sabe, es un tipo muy honrado, regresaba de alguna pequeña celebración y se dirigía a su casa bajando por Tottenham Court Road. A la luz de las farolas vio a un hombre alto que caminaba delante de él, tambaleándose un poco y con un ganso blanco al hombro. Al llegar a la esquina de Goodge Street, se produjo una trifulca entre este desconocido y un grupillo de maleantes. Uno de éstos le quitó el sombrero de un golpe; el desconocido levantó su bastón para defenderse y, al enarbolarlo sobre su cabeza, rompió el escaparate de la tienda que tenía detrás. Peterson había echado a correr para defender al desconocido contra sus agresores, pero el hombre, asustado por haber roto el escaparate y viendo una persona de uniforme que corría hacia él, dejó caer el ganso, puso pies en polvorosa y se desvaneció en el laberinto de callejuelas que hay detrás de Tottenham Court Road. También los matones huyeron al ver aparecer a Peterson, que quedó dueño del campo de batalla y también del botín de guerra, formado por este destartado sombrero y un impecable ejemplar de ganso de Navidad.

—¿Cómo es que no se los devolvió a su dueño?

—Mi querido amigo, en eso consiste el problema. Es cierto que en una tarjetita atada a la pata izquierda del ave decía "Para la señora de Henry Baker", y también es cierto que en el forro de este sombrero pueden leerse las iniciales "H. B."; pero como en esta ciudad nuestra existen varios miles de Bakers y varios cientos de Henry Bakers, no resulta nada fácil devolverle a uno de ellos sus propiedades perdidas.

—¿Y qué hizo entonces Peterson?

—La misma mañana de Navidad me trajo el sombrero y el ganso, sabiendo que a mí me interesan hasta los problemas más insignificantes. Hemos guardado el ganso hasta esta mañana, cuando empezó a dar señales de que, a pesar de la helada, más valía comérselo sin retrasos innecesarios. Así pues, el hombre que lo encontró se lo ha llevado para que cumpla el destino final de

todo ganso, y yo sigo en poder del sombrero del desconocido caballero que se quedó sin su cena de Navidad.

—¿No puso ningún anuncio?

—No.

—¿Y qué pistas tiene usted de su identidad?

—Sólo lo que podemos deducir.

—¿De su sombrero?

—Exactamente.

—Está usted de broma. ¿Qué se podría sacar de esa ruina de fieltro?

—Aquí tiene mi lupa. Ya conoce usted mis métodos. ¿Qué puede deducir usted referente a la personalidad del hombre que llevaba esta prenda?

Tomé el pingajo en mis manos y le di un par de vueltas de mala gana. Era un vulgar sombrero negro de copa redonda, duro y muy gastado. El forro había sido de seda roja, pero ahora estaba casi completamente descolorido. No llevaba el nombre del fabricante, pero, tal como Holmes había dicho, tenía garabateadas en un costado las iniciales "H. B.". El ala tenía presillas para sujetar una goma elástica, pero faltaba ésta. Por lo demás, estaba agrietado, lleno de polvo y cubierto de manchas, aunque parecía que habían intentado disimular las partes descoloridas pintándolas con tinta.

—No veo nada —dije, devolviéndoselo a mi amigo.

—Al contrario, Watson, lo tiene todo a la vista. Pero no es capaz de razonar a partir de lo que ve. Es usted demasiado tímido a la hora de hacer deducciones.

—Entonces, por favor, dígame qué deduce usted de este sombrero.

Lo cogió de mis manos y lo examinó con aquel aire introspectivo tan característico.

—Quizás podría haber resultado más sugerente —dijo—, pero aun así hay unas cuantas deducciones muy claras, y otras que presentan, por lo menos, un fuerte saldo de probabilidad. Por supuesto, salta a la vista que el propietario es un hombre de elevada inteligencia, y también que hace menos de tres años era bastante rico, aunque en la actualidad atraviesa malos momentos. Era un hombre previsor, pero ahora no lo es tanto, lo cual parece indicar una regresión moral que, unida a su declive económico,

podría significar que sobre él actúa alguna influencia maligna, probablemente la bebida. Esto podría explicar también el hecho evidente de que su mujer ha dejado de amarle.

—¡Pero... Holmes, por favor!

—Sin embargo, aún conserva un cierto grado de amor propio —continuó, sin hacer caso de mis protestas—. Es un hombre que lleva una vida sedentaria, sale poco, se encuentra en muy mala forma física, de edad madura, y con el pelo gris, que se ha cortado hace pocos días y en el que se aplica fijador. Éstos son los datos más aparentes que se deducen de este sombrero. Además, dicho sea de paso, es sumamente improbable que tenga instalación de gas en su casa.

—Se burla usted de mí, Holmes.

—Ni muchos menos. ¿Es posible que aún ahora, cuando le acabo de dar los resultados, sea usted incapaz de ver cómo los he obtenido?

—No cabe duda de que soy un estúpido, pero tengo que confesar que soy incapaz de seguirle. Por ejemplo: ¿de dónde saca que el hombre es inteligente?

A modo de respuesta, Holmes se encasquetó el sombrero en la cabeza. Le cubría por completo la frente y quedó apoyado en el puente de la nariz.

—Cuestión de capacidad cúbica —dijo—. Un hombre con un cerebro tan grande tiene que tener algo dentro.

—¿Y su declive económico?

—Este sombrero tiene tres años. Fue por entonces cuando salieron estas alas planas y curvadas por los bordes. Es un sombrero de la mejor calidad. Fíjese en la cinta de seda con remates y en la excelente calidad del forro. Si este hombre podía permitirse comprar un sombrero tan caro hace tres años, y desde entonces no ha comprado otro, es indudable que ha venido a menos.

—Bueno, sí, desde luego eso está claro. ¿Y eso de que era previsor, y lo de la regresión moral?

Sherlock Holmes se echó a reír.

—Aquí está la precisión —dijo, señalando con el dedo la presilla para enganchar la goma sujetasombreros—. Ningún sombrero se vende con esto. El que nuestro hombre lo hiciera poner es señal de un cierto nivel de previsión,

ya que se tomó la molestia de adoptar esta precaución contra el viento. Pero como vemos que desde entonces se le ha roto la goma y no se ha molestado en cambiarla, resulta evidente que ya no es tan previsor como antes, lo que demuestra claramente que su carácter se debilita. Por otra parte, ha procurado disimular algunas de las manchas pintándolas con tinta, señal de que no ha perdido por completo su amor propio.

—Desde luego, es un razonamiento plausible.

—Los otros detalles, lo de la edad madura, el cabello gris, el reciente corte de pelo y el fijador, se advierten examinando con atención la parte inferior del forro. La lupa revela una gran cantidad de puntas de cabello, limpiamente cortadas por la tijera del peluquero. Todos están pegajosos, y se nota un inconfundible olor a fijador. Este polvo, fíjese usted, no es el polvo gris y terroso de la calle, sino la pelusilla parda de las casas, lo cual demuestra que ha permanecido colgado dentro de casa la mayor parte del tiempo; y las manchas de sudor del interior son una prueba palpable de que el propietario transpira abundantemente y; por lo tanto, difícilmente puede encontrarse en buena forma física.

—Pero lo de su mujer... dice usted que ha dejado de amarle.

—Este sombrero no se ha cepillado en semanas. Cuando le vea a usted, querido Watson, con polvo de una semana acumulado en el sombrero, y su esposa le deje salir en semejante estado, también sospecharé que ha tenido la desgracia de perder el cariño de su mujer.

—Pero podría tratarse de un soltero.

—No, llevaba a casa el ganso como ofrenda de paz a su mujer. Recuerde la tarjeta atada a la pata del ave.

—Tiene usted respuesta para todo. Pero ¿cómo demonios ha deducido que no hay instalación de gas en su casa?

—Una mancha de sebo, e incluso dos, pueden caer por casualidad; pero cuando veo nada menos que cinco, creo que existen pocas dudas de que este individuo entra en frecuente contacto con sebo ardiendo; probablemente, sube las escaleras cada noche con el sombrero en una mano y un candil goteante en la otra. En cualquier caso, un aplique de gas no produce manchas de sebo. ¿Está usted satisfecho?

—Bueno, es muy ingenioso —dije, echándome a reír—. Pero, puesto que no se ha cometido ningún delito, como antes decíamos, y no se ha producido ningún daño, a excepción del extravío de un ganso, todo esto me parece un despilfarro de energía.

Sherlock Holmes había abierto la boca para responder cuando la puerta se abrió de par en par y Peterson el recadero entró en la habitación con el rostro enrojecido y una expresión de asombro sin límites.

—¡El ganso, señor Holmes! ¡El ganso, señor! —decía jadeante.

—¿Eh? ¿Qué pasa con él? ¿Ha vuelto a la vida y ha salido volando por la ventana de la cocina? —Holmes rodó sobre el sofá para ver mejor la cara excitada del hombre.

—¡Mire, señor! ¡Vea lo que ha encontrado mi mujer en el buche! —extendió la mano y mostró en el centro de la palma una piedra azul de brillo deslumbrador, bastante más pequeña que una alubia, pero tan pura y radiante que centelleaba como una luz eléctrica en el hueco oscuro de la mano.

Sherlock Holmes se incorporó lanzando un silbido.

—¡Por Júpiter, Peterson! —exclamó—. ¡A eso le llamo yo encontrar un tesoro! Supongo que sabe lo que tiene en la mano.

—¡Un diamante, señor! ¡Una piedra preciosa! ¡Corta el cristal como si fuera masilla!

—Es más que una piedra preciosa. Es la piedra preciosa.

—¿No se referirá al carbunclo azul de la condesa de Morcar? —exclamé yo.

—Precisamente. No podría dejar de reconocer su tamaño y forma, después de haber estado leyendo el anuncio en el Times tantos días seguidos. Es una piedra absolutamente única, y sobre su valor sólo se pueden hacer conjeturas, pero la recompensa que se ofrece, mil libras esterlinas, no llega ni a la vigésima parte de su precio en el mercado.

—¡Mil libras! ¡Santo Dios misericordioso! —el recadero se desplomó sobre una silla, mirándonos alternativamente a uno y a otro.

—Ésa es la recompensa, y tengo razones para creer que existen consideraciones sentimentales en la historia de esa piedra que harían que la condesa se desprendiera de la mitad de su fortuna con tal de recuperarla.

—Si no recuerdo mal, desapareció en el hotel Cosmopolitan —comenté.

—Exactamente, el 22 de diciembre, hace cinco días. John Horner, fontanero, fue acusado de haberla sustraído del joyero de la señora. Las pruebas en su contra eran tan sólidas que el caso ha pasado ya a los tribunales. Creo que tengo por aquí un informe —rebuscó entre los periódicos, consultando las

fechas, hasta que seleccionó uno, lo dobló y leyó el siguiente párrafo: "Robo de joyas en el hotel Cosmopolitan. John Horner, de 26 años, fontanero, ha sido detenido bajo la acusación de haber sustraído, el 22 del corriente, del joyero de la condesa de Morcar, la valiosa piedra conocida como "el carbunco azul". James Ryder, jefe de servicio del hotel, declaró que el día del robo había conducido a Horner al gabinete de la condesa de Morcar, para que soldara el segundo barrote de la rejilla de la chimenea, que estaba suelto. Permaneció un rato junto a Horner, pero al cabo de algún tiempo tuvo que ausentarse. Al regresar comprobó que Horner había desaparecido, que el escritorio había sido forzado y que el cofrecillo de tafilete en el que, según se supo luego, la condesa acostumbraba a guardar la joya, estaba tirado, vacío, sobre el tocador. Ryder dio la alarma al instante, y Horner fue detenido esa misma noche, pero no se pudo encontrar la piedra en su poder ni en su domicilio. Catherine Cusack, doncella de la condesa, declaró haber oído el grito de angustia que profirió Ryder al descubrir el robo, y haber corrido a la habitación, donde se encontró con la situación ya descrita por el anterior testigo. El inspector Bradstreet, de la División B, confirmó la detención de Horner, que se resistió violentamente y declaró su inocencia en los términos más enérgicos. Al existir constancia de que el detenido había sufrido una condena anterior por robo, el magistrado se negó a tratar sumariamente el caso, remitiéndolo a un tribunal superior. Horner, que dio muestras de intensa emoción durante las diligencias, se desmayó al oír la decisión y tuvo que ser sacado de la sala."

—¡Hum! Hasta aquí, el informe de la policía —dijo Holmes, pensativo—. Ahora, la cuestión es dilucidar la cadena de acontecimientos que van desde un joyero desvalijado, en un extremo, al buche de un ganso en Tottenham Court Road, en el otro. Como ve, Watson, nuestras pequeñas deducciones han adquirido de pronto un aspecto mucho más importante y menos inocente. Aquí está la piedra; la piedra vino del ganso y el ganso vino del señor Henry Baker, el caballero del sombrero raído y todas las demás características con las que le he estado aburriendo. Así que tendremos que ponernos muy en serio a la tarea de localizar a este caballero y determinar el papel que ha desempeñado en este pequeño misterio. Y para eso, empezaremos por el método más sencillo, que sin duda consiste en poner un anuncio en todos los periódicos de la tarde. Si esto falla, recurriremos a otros métodos.

—¿Qué va usted a decir?

—Deme un lápiz y esa hoja de papel. Vamos a ver: "Encontrados un ganso y un sombrero negro de fieltro en la esquina de Goodge Street. El señor Henry Baker puede recuperarlos presentándose esta tarde a las 6,30 en el 221 B de Baker Street". Claro y conciso.

—Mucho. Pero ¿lo verá él?

—Bueno, desde luego mirará los periódicos, porque para un hombre pobre se trata de una pérdida importante. No cabe duda de que se asustó tanto al romper el escaparate y ver acercarse a Peterson que no pensó más que en huir; pero luego debe de haberse arrepentido del impulso que le hizo soltar el ave. Pero además, al incluir su nombre nos aseguramos de que lo vea, porque todos los que le conozcan se lo harán notar. Aquí tiene, Peterson, corra a la agencia y que inserten este anuncio en los periódicos de la tarde.

—¿En cuáles, señor?

—Oh, pues en el *Globe*, el *Star*, el *Pall Mall*, la *St. James Gazette*, el *Evening News*, el *Standard*, el *Echo* y cualquier otro que se le ocurra.

—Muy bien, señor. ¿Y la piedra?

—Ah, sí, yo guardaré la piedra. Gracias. Y oiga, Peterson, en el camino de vuelta compre un ganso y tráigalo aquí, porque tenemos que darle uno a este caballero a cambio del que se está comiendo su familia.

Cuando el recadero se hubo marchado, Holmes levantó la piedra y la miró al trasluz.

—¡Qué maravilla! —dijo—. Fíjese cómo brilla y centellea. Por supuesto, esto es como un imán para el crimen, lo mismo que todas las buenas piedras preciosas. Son el cebo favorito del diablo. En las piedras más grandes y más antiguas, se puede decir que cada faceta equivale a un crimen sangriento. Esta piedra aún no tiene ni veinte años de edad. La encontraron a orillas del río Amoy, en el sur de China, y presenta la particularidad de poseer todas las características del carbúnclo, salvo que es de color azul en lugar de rojo rubí. A pesar de su juventud, ya cuenta con un siniestro historial. Ha habido dos asesinatos, un atentado con vitriolo, un suicidio y varios robos, todo por culpa de estos doce kilates de carbón cristalizado. ¿Quién pensaría que tan hermoso juguete es un proveedor de carne para el patíbulo y la cárcel? Lo guardaré en mi caja fuerte y le escribiré unas líneas a la condesa, avisándole de que lo tenemos.

—¿Cree usted que ese Horner es inocente?

—No lo puedo saber.

—Entonces, ¿cree usted que este otro, Henry Baker, tiene algo que ver con el asunto?

—Me parece mucho más probable que Henry Baker sea un hombre completamente inocente, que no tenía ni idea de que el ave que llevaba valía mucho más que si estuviera hecha de oro macizo. No obstante, eso lo comprobaremos mediante una sencilla prueba si recibimos respuesta a nuestro anuncio.

—¿Y hasta entonces no puede hacer nada?

—Nada.

—En tal caso, continuaré mi ronda profesional, pero volveré esta tarde a la hora indicada, porque me gustaría presenciar la solución a un asunto tan embrollado.

—Encantado de verle. Cenaré a las siete. Creo que hay becada. Por cierto que, en vista de los recientes acontecimientos, quizás deba decirle a la señora Hudson que examine cuidadosamente el buche.

Me entretuve con un paciente, y era ya más tarde de las seis y media cuando pude volver a Baker Street. Al acercarme a la casa vi a un hombre alto con boina escocesa y chaqueta abotonada hasta la barbilla, que aguardaba en el brillante semicírculo de luz de la entrada. Justo cuando yo llegaba, la puerta se abrió y nos hicieron entrar juntos a los aposentos de Holmes.

—El señor Henry Baker, supongo —dijo Holmes, levantándose de su butaca y saludando al visitante con aquel aire de jovialidad espontánea que tan fácil le resultaba adoptar—. Por favor, siéntese aquí junto al fuego, señor Baker. Hace frío esta noche, y veo que su circulación se adapta mejor al verano que al invierno. Ah, Watson, llega usted muy a punto. ¿Es éste su sombrero, señor Baker?

—Sí, señor, es mi sombrero, sin duda alguna.

Era un hombre corpulento, de hombros cargados, cabeza voluminosa y un rostro amplio e inteligente, rematado por una barba puntiaguda, de color castaño canoso. Un toque de color en la nariz y las mejillas, junto con un ligero temblor en su mano extendida, me recordaron la suposición de Holmes acer-

ca de sus hábitos. Su levita, negra y raída, estaba abotonada hasta arriba, con el cuello alzado, y sus flacas muñecas salían de las mangas sin que se advirtieran indicios de puños ni de camisa. Hablaba en voz baja y entrecortada, eligiendo cuidadosamente sus palabras, y en general daba la impresión de un hombre culto e instruido, maltratado por la fortuna.

—Hemos guardado estas cosas durante varios días —dijo Holmes— porque esperábamos ver un anuncio suyo; dando su dirección. No entiendo cómo no puso usted el anuncio.

Nuestro visitante emitió una risa avergonzada.

—No ando tan abundante de chelines como en otros tiempos —dijo—. Estaba convencido de que la pandilla de maleantes que me asaltó se había llevado mi sombrero y el ganso. No tenía intención de gastar más dinero en un vano intento de recuperarlos.

—Es muy natural. A propósito del ave... nos vimos obligados a comérmola. —¡Se la comieron! —nuestro visitante estaba tan excitado que casi se levantó de la silla.

—Sí; de no hacerlo no le habría aprovechado a nadie. Pero supongo que este otro ganso que hay sobre el aparador, que pesa aproximadamente lo mismo y está perfectamente fresco, servirá igual de bien para sus propósitos.

—¡Oh, desde luego, desde luego! —respondió el señor Baker con un suspiro de alivio.

—Por supuesto, aún tenemos las plumas, las patas, el buche y demás restos de su ganso, así que si usted quiere...

El hombre se echó a reír de buena gana.

—Podrían servirme como recuerdo de la aventura —dijo—, pero aparte de eso, no veo de qué utilidad me iban a resultar los *dissecta membra* de mi difunto amigo. No, señor, creo que, con su permiso, limitaré mis atenciones a la excelente ave que veo sobre el aparador.

Sherlock Holmes me lanzó una intensa mirada de reojo, acompañada de un encogimiento de hombros.

—Pues aquí tiene usted su sombrero, y aquí su ave —dijo—. Por cierto, ¿le importaría decirme dónde adquirió el otro ganso? Soy bastante aficionado a las aves de corral y pocas veces he visto una mejor criada.

—Desde luego, señor —dijo Baker, que se había levantado, con su recién adquirida propiedad bajo el brazo—. Algunos de nosotros frecuentamos el mesón Alpha, cerca del museo... Durante el día, sabe usted, nos encontramos en el museo mismo. Este año, el patrón, que se llama Windigate, estableció un Club del Ganso, en el que, pagando unos pocos peniques cada semana, recibiríamos un ganso por Navidad. Pagué religiosamente mis peniques, y el resto ya lo conoce usted. Le estoy muy agradecido, señor, pues una boina escocesa no resulta adecuada ni para mis años ni para mi carácter discreto.

Con cómica pomposidad, nos dedicó una solemne reverencia y se marchó por su camino.

—Con esto queda liquidado el señor Henry Baker —dijo Holmes, después de cerrar la puerta tras él—. Es indudable que no sabe nada del asunto. ¿Tiene usted hambre, Watson?

—No demasiada.

—Entonces, le propongo que aplacemos la cena y sigamos esta pista mientras aún esté fresca.

—Con mucho gusto.

Hacia una noche muy cruda, de manera que nos pusimos nuestros gabanes y nos envolvimos el cuello con bufandas. En el exterior, las estrellas brillaban con luz fría en un cielo sin nubes, y el aliento de los transeúntes despedía tanto humo como un pistoletazo. Nuestras pisadas resonaban fuertes y secas mientras cruzábamos el barrio de los médicos, Wimpole Street, Harley Street y Wigmore Street, hasta desembocar en Oxford Street. Al cabo de un cuarto de hora nos encontrábamos en Bloomsbury, frente al mesón Alpha, que es un pequeño establecimiento público situado en la esquina de una de las calles que se dirigen a Holborn. Holmes abrió la puerta del bar y pidió dos vasos de cerveza al dueño, un hombre de cara colorada y delantal blanco.

—Su cerveza debe de ser excelente, si es tan buena como sus gansos —dijo.

—¡Mis gansos! —el hombre parecía sorprendido.

—Sí. Hace tan sólo media hora, he estado hablando con el señor Henry Baker, que es miembro de su Club del Ganso.

—¡Ah, ya comprendo! Pero, verá usted, señor, los gansos no son míos.

—¿Ah, no? ¿De quién son, entonces?

—Bueno, le compré las dos docenas a un vendedor de Covent Garden.

—¿De verdad? Conozco a algunos de ellos. ¿Cuál fue?

—Se llama Breckinridge.

—¡Ah! No le conozco. Bueno, a su salud, patrón, y por la prosperidad de su casa. Buenas noches.

—Y ahora, vamos por el señor Breckinridge —continuó, abotonándose el gabán mientras salíamos al aire helado de la calle—. Recuerde, Watson, que aunque tengamos a un extremo de la cadena una cosa tan vulgar como un ganso, en el otro tenemos un hombre que se va a pasar siete años de trabajos forzados, a menos que podamos demostrar su inocencia. Es posible que nuestra investigación confirme su culpabilidad; pero, en cualquier caso, tenemos una línea de investigación que la policía no ha encontrado y que una increíble casualidad ha puesto en nuestras manos. Sigámosla hasta su último extremo. ¡Rumbo al sur, pues, y a paso ligero!

Atravesamos Holborn, bajando por Endell Street, y zigzagueamos por una serie de callejuelas hasta llegar al mercado de Covent Garden. Uno de los puestos más grandes tenía encima el rótulo de Breckinridge, y el dueño, un hombre con aspecto de caballo, de cara astuta y patillas recortadas, estaba ayudando a un muchacho a echar el cierre.

—Buenas noches, y fresquitas —dijo Holmes.

El vendedor asintió y dirigió una mirada inquisitiva a mi compañero.

—Por lo que veo, se le han terminado los gansos —continuó Holmes, señalando los estantes de mármol vacíos.

—Mañana por la mañana podré venderle quinientos.

—Eso no me sirve.

—Bueno, quedan algunos que han cogido olor a gas.

—Oiga, que vengo recomendado.

—¿Por quién?

—Por el dueño del Alpha.

—Ah, sí. Le envié un par de docenas.

—Y de muy buena calidad. ¿De dónde los sacó usted?

Ante mi sorpresa, la pregunta provocó un estallido de cólera en el vendedor.

—Oiga usted, señor —dijo con la cabeza erguida y los brazos en jarras—. ¿Adónde quiere llegar? Me gustan las cosas claritas.

—He sido bastante claro. Me gustaría saber quién le vendió los gansos que suministró al Alpha.

—Y yo no quiero decírselo. ¿Qué pasa?

—Oh, la cosa no tiene importancia. Pero no sé por qué se pone usted así por una nimiedad.

—¡Me pongo como quiero! ¡Y usted también se pondría así si le fastidiasen tanto como a mí! Cuando pago buen dinero por un buen artículo, ahí debe terminar la cosa. ¿A qué viene tanto "¿Dónde están los gansos?" y "¿A quién le ha vendido los gansos?" y "¿Cuánto quiere usted por los gansos?" Cualquiera diría que no hay otros gansos en el mundo, a juzgar por el alboroto que se arma con ellos.

—Le aseguro que no tengo relación alguna con los que le han estado interrogando —dijo Holmes con tono indiferente—. Si no nos lo quiere decir, la apuesta se queda en nada. Pero me considero un entendido en aves de corral y he apostado cinco libras a que el ave que me comí es de campo.

—Pues ha perdido usted sus cinco libras, porque fue criada en Londres —atajó el vendedor.

—De eso, nada.

—Le digo yo que sí.

—No le creo.

—¿Se cree que sabe de aves más que yo, que vengo manejándolas desde que era un mocoso? Le digo que todos los gansos que le vendí al Alpha eran de Londres.

—No conseguiré convencerme.

—¿Quiere apostar algo?

—Es como robarle el dinero, porque me consta que tengo razón. Pero le apuesto un soberano, sólo para que aprenda a no ser tan terco.

El vendedor se rió por lo bajo y dijo:

—Tráeme los libros, Bill.

El muchacho trajo un librito muy fino y otro muy grande con tapas grasyentas, y los colocó juntos bajo la lámpara.

—Y ahora, señor Sabelotodo —dijo el vendedor—, creía que no me quedaban gansos, pero ya verá cómo aún me queda uno en la tienda. ¿Ve usted este librito?

—Sí, ¿y qué?

—Es la lista de mis proveedores. ¿Ve usted? Pues bien, en esta página están los del campo, y detrás de cada nombre hay un número que indica la página de su cuenta en el libro mayor. ¡Veamos ahora! ¿Ve esta otra página en tinta roja? Pues es la lista de mis proveedores de la ciudad. Ahora, fíjese en el tercer nombre. Léamelo.

—Señora Oakshott, 117 Brixton Road... 249 —leyó Holmes.

—Exacto. Ahora, busque esa página en el libro mayor. Holmes buscó la página indicada.

—Aquí está: señora Oakshott, 117 Brixton Road, proveedores de huevos y pollería.

—Muy bien. ¿Cuáles la última entrada?

—Veintidós de diciembre. Veinticuatro gansos a siete chelines y seis peniques.

—Exacto. Ahí lo tiene. ¿Qué pone debajo?

—Vendidos al señor Windigate, del Alpha, a doce chelines.

—¿Qué me dice usted ahora?

Sherlock Holmes parecía profundamente disgustado. Sacó un soberano del bolsillo y lo arrojó sobre el mostrador, retirándose con el aire de quien está tan fastidiado que incluso le faltan las palabras. A los pocos metros se detuvo bajo un farol y se echó a reír de aquel modo alegre y silencioso tan característico en él.

—Cuando vea usted un hombre con patillas recortadas de ese modo y el "Pink'Up" asomándole del bolsillo, puede estar seguro de que siempre se le podrá sonsacar mediante una apuesta —dijo—. Me atrevería a decir que si le

hubiera puesto delante cien libras, el tipo no me habría dado una información tan completa como la que le saqué haciéndole creer que me ganaba una apuesta. Bien, Watson, me parece que nos vamos acercando al foral de nuestra investigación, y lo único que queda por determinar es si debemos visitar a esta señora Oakshott esta misma noche o si lo dejamos para mañana. Por lo que dijo ese tipo tan malhumorado, está claro que hay otras personas interesadas en el asunto, aparte de nosotros, y yo creo...

Sus comentarios se vieron interrumpidos de pronto por un fuerte vocerío procedente del puesto que acabábamos de abandonar. Al darnos la vuelta, vimos a un sujeto pequeño y con cara de rata, de pie en el centro del círculo de luz proyectado por la lámpara colgante, mientras Breckinridge, el tendero, enmarcado en la puerta de su establecimiento, agitaba ferozmente sus puños en dirección a la figura encogida del otro.

—¡Ya estoy harto de ustedes y sus gansos! —gritaba—. ¡Váyanse todos al diablo! Si vuelven a fastidiarme con sus tonterías, les soltaré el perro. Que venga aquí la señora Oakshott y le contestaré, pero ¿a usted qué le importa? ¿Acaso le compré a usted los gansos?

—No, pero uno de ellos era mío —gimió el hombrecillo.

—Pues pídaselo a la señora Oakshott.

—Ella me dijo que se lo pidiera a usted.

—Pues, por mí, se lo puede ir a pedir al rey de Prusia. Yo ya no aguanto más. ¡Largo de aquí!

Dio unos pasos hacia delante con gesto feroz y el preguntón se esfumó entre las tinieblas.

—Ajá, esto puede ahorrarnos una visita a Brixton Road —susurró Holmes—. Venga conmigo y veremos qué podemos sacarle a ese tipo.

Avanzando a largas zancadas entre los reducidos grupillos de gente que aún rondaban en torno a los puestos iluminados, mi compañero no tardó en alcanzar al hombrecillo y le tocó con la mano en el hombro. El individuo se volvió bruscamente y pude ver a la luz de gas que de su cara había desaparecido todo rastro de color.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó con voz temblorosa.

—Perdone usted —dijo Holmes en tono suave—, pero no he podido evitar oír lo que le preguntaba hace un momento al tendero, y creo que yo podría ayudarle.

—¿Usted? ¿Quién es usted? ¿Cómo puede saber nada de este asunto?

—Me llamo Sherlock Holmes, y mi trabajo consiste en saber lo que otros no saben.

—Pero usted no puede saber nada de esto.

—Perdone, pero lo sé todo. Anda usted buscando unos gansos que la señora Oakshott, de Brixton Road, vendió a un tendero llamado Breckinridge, y que éste a su vez vendió al señor Windigate, del Alpha, y éste a su club, uno de cuyos miembros es el señor Henry Baker.

—Ah, señor, es usted el hombre que yo necesito —exclamó el hombrecillo, con las manos extendidas y los dedos temblorosos—. Me sería difícil explicarle el interés que tengo en este asunto.

Sherlock Holmes hizo señas a un coche que pasaba.

—En tal caso, lo mejor sería hablar de ello en una habitación confortable, y no en este mercado azotado por el viento —dijo—. Pero antes de seguir adelante, dígame por favor a quién tengo el placer de ayudar.

El hombre vaciló un instante.

—Me llamo John Robinson —respondió, con una mirada de soslayo.

—No, no, el nombre verdadero —dijo Holmes en tono amable—. Siempre resulta incómodo tratar de negocios con un alias.

Un súbito rubor cubrió las blancas mejillas del desconocido.

—Está bien, mi verdadero nombre es James Ryder.

—Eso es. Jefe de servicio del hotel Cosmopolitan. Por favor, suba al coche y pronto podrá informarle de todo lo que desea saber.

El hombrecillo se nos quedó mirando con ojos medio asustados y medio esperanzados, como quien no está seguro de si le aguarda un golpe de suer-

te o una catástrofe. Subió por fin al coche, y al cabo de media hora nos encontrábamos de vuelta en la sala de estar de Baker Street. No se había pronunciado una sola palabra durante todo el trayecto, pero la respiración agitada de nuestro nuevo acompañante y su continuo abrir y cerrar de manos hablaban bien a las claras de la tensión nerviosa que le dominaba.

—¡Henos aquí! —dijo Holmes alegremente cuando penetramos en la habitación—. Un buen fuego es lo más adecuado para este tiempo. Parece que tiene usted frío, señor Ryder. Por favor, siéntese en el sillón de mimbre. Permita que me ponga las zapatillas antes de zanjar este asunto suyo. ¡Ya está! ¿Así que quiere usted saber lo que fue de aquellos gansos?

—Sí, señor.

—O más bien, deberíamos decir de aquel ganso. Me parece que lo que le interesaba era un ave concreta... blanca, con una franja negra en la cola.

Ryder se estremeció de emoción.

—¡Oh, señor! —exclamó—. ¿Puede usted decirme dónde fue a parar?

—Aquí.

—¿Aquí?

—Sí, y resultó ser un ave de lo más notable. No me extraña que le interese tanto. Como que puso un huevo después de muerta... el huevo azul más pequeño, precioso y brillante que jamás se ha visto. Lo tengo aquí en mi museo.

Nuestro visitante se puso en pie, tambaleándose, y se agarró con la mano derecha a la repisa de la chimenea. Holmes abrió su caja fuerte y mostró el carbunclo azul, que brillaba como una estrella, con un resplandor frío que irradiaba en todas direcciones. Ryder se lo quedó mirando con las facciones contraídas, sin decidirse entre reclamarlo o negar todo conocimiento del mismo.

—Se acabó el juego, Ryder —dijo Holmes muy tranquilo—. Sosténgase, hombre, que se va a caer al fuego. Ayúdele a sentarse, Watson. Le falta sangre fría para meterse en robos impunemente. Dele un trago de brandy. Así. Ahora parece un poco más humano. ¡Menudo mequetrefe, ya lo creo!

Durante un momento había estado a punto de desplomarse, pero el brandy hizo subir un toque de color a sus mejillas, y permaneció sentado, mirando con ojos asustados a su acusador.

—Tengo ya en mis manos casi todos los eslabones y las pruebas que podría necesitar, así que es poco lo que puede usted decirme. No obstante, hay que aclarar ese poco para que el caso quede completo. ¿Había usted oído hablar de esta piedra de la condesa de Morcar, Ryder?

—Fue Catherine Cusack quien me habló de ella —dijo el hombre con voz cascada.

—Ya veo. La doncella de la señora. Bien, la tentación de hacerse rico de golpe y con facilidad fue demasiado fuerte para usted, como lo ha sido antes para hombres mejores que usted; pero no se ha mostrado muy escrupuloso en los métodos empleados. Me parece, Ryder, que tiene usted madera de bellaco miserable. Sabía que ese pobre fontanero, Horner, había estado complicado hace tiempo en un asunto semejante, y que eso le convertiría en el blanco de todas las sospechas. ¿Y qué hizo entonces? Usted y su cómplice Cusack hicieron un pequeño estropicio en el cuarto de la señora y se las arreglaron para que hiciesen llamar a Horner. Y luego, después de que Horner se marchara, desvalijaron el joyero, dieron la alarma e hicieron detener a ese pobre hombre. A continuación...

De pronto, Ryder se dejó caer sobre la alfombra y se agarró a las rodillas de mi compañero.

—¡Por amor de Dios, tenga compasión! —chillaba—. ¡Piense en mi padre! ¡En mi madre! Esto les rompería el corazón. Jamás hice nada malo antes, y no lo volveré a hacer. ¡Lo juro! ¡Lo juro sobre la Biblia! ¡No me lleve a los tribunales! ¡Por amor de Cristo, no lo haga!

—¡Vuelva a sentarse en la silla! —dijo Holmes rudamente—. Es muy bonito eso de llorar y arrastrarse ahora, pero bien poco pensó usted en ese pobre Horner, preso por un delito del que no sabe nada.

—Huiré, señor Holmes. Saldré del país. Así tendrán que retirar los cargos contra él.

—¡Hum! Ya hablaremos de eso. Y ahora, oigamos la auténtica versión del siguiente acto. ¿Cómo llegó la piedra al buche del ganso, y cómo llegó el

ganso al mercado público? Díganos la verdad, porque en ello reside su única esperanza de salvación.

Ryder se pasó la lengua por los labios resecos.

—Le diré lo que sucedió, señor —dijo—. Una vez detenido Horner, me pareció que lo mejor sería esconder la piedra cuanto antes, porque no sabía en qué momento se le podía ocurrir a la policía registrarme a mí y mi habitación. En el hotel no había ningún escondite seguro. Salí como si fuera a hacer un recado y me fui a casa de mi hermana, que está casada con un tipo llamado Oakshott y vive en Brixton Road, donde se dedica a engordar gansos para el mercado. Durante todo el camino, cada hombre que veía se me antojaba un policía o un detective, y aunque hacía una noche bastante fría, antes de llegar a Brixton Road me chorreaba el sudor por toda la cara. Mi hermana me preguntó qué me ocurría para estar tan pálido, pero le dije que estaba nervioso por el robo de joyas en el hotel. Luego me fui al patio trasero, me fumé una pipa y traté de decidir qué era lo que más me convenía hacer.

En otros tiempos tuve un amigo llamado Maudsley que se fue por el mal camino y acaba de cumplir condena en Pentonville. Un día nos encontramos y se puso a hablarme sobre las diversas clases de ladrones y cómo se deshacían de lo robado. Sabía que no me delataría, porque yo conocía un par de asuntillos suyos, así que decidí ir a Kilburn, que es donde vive, y confiarle mi situación. Él me indicará cómo convertir la piedra en dinero. Pero ¿cómo llegar hasta él sin contratiempos? Pensé en la angustia que había pasado viniendo del hotel, pensando que en cualquier momento me podían detener y registrar, y que encontrarían la piedra en el bolsillo de mi chaleco. En aquel momento estaba apoyado en la pared, mirando a los gansos que correteaban alrededor de mis pies, y de pronto se me ocurrió una idea para burlar al mejor detective que haya existido en el mundo.

Unas semanas antes, mi hermana me había dicho que podía elegir uno de sus gansos como regalo de Navidad, y yo sabía que siempre cumplía su palabra. Cogería ahora mismo mi ganso y en su interior llevaría la piedra hasta Kilburn. Había en el patio un pequeño cobertizo, y me metí detrás de él con uno de los gansos, un magnífico ejemplar, blanco y con una franja en la cola. Lo sujeté, le abrí el pico y le metí la piedra por el gaznate, tan

abajo como pude llegar con los dedos. El pájaro tragó, y sentí la piedra pasar por la garganta y llegar al buche. Pero el animal forcejeaba y aleteaba, y mi hermana salió a ver qué ocurría. Cuando me volví para hablarle, el bicho se me escapó y regresó dando un pequeño vuelo entre sus compañeros.

—¿Qué estás haciendo con ese ganso, Jem? —preguntó mi hermana.

—Bueno —dije—, como dijiste que me ibas a regalar uno por Navidad, estaba mirando cuál es el más gordo.

—Oh, ya hemos apartado uno para ti —dijo ella—. Lo llamamos el ganso de Jem. Es aquel grande y blanco. En total hay veintiséis; o sea, uno para ti, otro para nosotros y dos docenas para vender.

—Gracias, Maggie —dije yo—. Pero, si te da lo mismo, prefiero ese otro que estaba examinando.

—El otro pesa por lo menos tres libras más —dijo ella—, y lo hemos engordado expresamente para ti.

—No importa. Prefiero el otro, y me lo voy a llevar ahora —dije.

—Bueno, como quieras —dijo ella, un poco mosqueada—. ¿Cuál es el que dices que quieres?

—Aquel blanco con una raya en la cola, que está justo en medio.

—De acuerdo. Mátalo y te lo llevas.

Así lo hice, señor Holmes, y me llevé el ave hasta Kilburn. Le conté a mi amigo lo que había hecho, porque es de la clase de gente a la que se le puede contar una cosa así. Se rió hasta partirse el pecho, y luego cogimos un cuchillo y abrimos el ganso. Se me encogió el corazón, porque allí no había ni rastro de la piedra, y comprendí que había cometido una terrible equivocación. Dejé el ganso, corrí a casa de mi hermana y fui derecho al patio. No había ni un ganso a la vista.

—¿Dónde están todos, Maggie? —exclamé.

—Se los llevaron a la tienda.

—¿A qué tienda?

—A la de Breckinridge, en Covent Garden.

—¿Había otro con una raya en la cola, igual que el que yo me llevé? —pregunté.

—Sí, Jem, había dos con raya en la cola. Jamás pude distinguirlos.

Entonces, naturalmente, lo comprendí todo, y corrí a toda la velocidad de mis piernas en busca de ese Breckinridge; pero ya había vendido todo el lote y se negó a decirme a quién. Ya le han oído ustedes esta noche. Pues todas las veces ha sido igual. Mi hermana cree que me estoy volviendo loco. A veces, yo también lo creo. Y ahora... ahora soy un ladrón, estoy marcado, y sin haber llegado a tocar la riqueza por la que vendí mi buena fama. ¡Que Dios se apiade de mí! ¡Que Dios se apiade de mí!

Estalló en sollozos convulsivos, con la cara oculta entre las manos. Se produjo un largo silencio, roto tan sólo por su agitada respiración y por el rítmico tamborileo de los dedos de Sherlock Holmes sobre el borde de la mesa. Por fin, mi amigo se levantó y abrió la puerta de par en par.

—¡Váyase! —dijo.

—¿Cómo, señor? ¡Oh! ¡Dios le bendiga!

—Ni una palabra más. ¡Fuera de aquí!

Y no hicieron falta más palabras. Hubo una carrera precipitada, un pataleo en la escalera, un portazo y el seco repicar de pies que corrían en la calle.

—Al fin y al cabo, Watson —dijo Holmes, estirando la mano en busca de su pipa de arcilla—, la policía no me paga para que cubra sus deficiencias. Si Horner corriera peligro, sería diferente, pero este individuo no declarará contra él, y el proceso no seguirá adelante. Supongo que estoy indultando a un delincuente, pero también es posible que esté salvando un alma. Este tipo no volverá a descarriarse. Está demasiado asustado. Métalo en la cárcel y lo convertirá en carne de presidio para el resto de su vida. Además, estamos en época de perdonar. La casualidad ha puesto en nuestro camino un problema de lo más curioso y extravagante, y su solución es recompensa suficiente. Si tiene usted la amabilidad de tirar de la campanilla, doctor, iniciaremos otra investigación, cuyo tema principal será también un ave de corral.

DOBLE PISTA

Agatha Christie



—Por encima de todo que no haya publicidad —dijo el señor Marcus Hardman por decimocuarta vez.

La palabra "publicidad" salió durante su conversación con la regularidad de un *leitmotif*. El señor Hardman era un hombre bajo, regordete, con manos exquisitamente manicuradas y quejumbrosa voz de tenor. El hombre gozaba de cierta celebridad, y la vida ociosa de la sociedad opulenta constituía su profesión. Rico, aunque no desmedidamente, gastaba celosamente su dinero en los placeres que proporcionan las reuniones sociales. Tenía alma de coleccionista y su pasión eran los encajes, abanicos, y joyas, cuanto más antiguos mejor. Para el señor Marcus lo moderno carecía de valor.

Poirot y yo acudimos a su cita y lo hallamos debatiéndose en una agonía de indecisión. Debido a las circunstancias, llamar a la policía le resultaba incómodo. Por otra parte, no llamarla era aceptar la pérdida de unas gemas de su colección. Poirot fue la solución.

—Mis rubíes, monsieur Poirot y el collar de esmeraldas, que pertenecieron a Catalina de Médicis. ¡Sobre todo el collar de esmeraldas!

—¿Y si me explicase las circunstancias de su desaparición? —sugirió Poirot.

—Intento hacerlo. Ayer por la tarde di un pequeño té íntimo a media docena de personas.

Era el segundo de la temporada, y si bien no debería decirlo, constituyeron todo un éxito. Buena música. Nacoa, el pianista, y Katherine Bird, contralto australiana.

Bueno, a primeras horas de la tarde, enseñé a mis invitados la colección de joyas medievales, que guardo en una pequeña caja de caudales, dispuesta a modo de estuche forrado de terciopelo de color. Esto hace que las piedras luzcan más. Después contemplamos los abanicos ordenados en una vitrina. Y, a continuación, pasamos al estudio para oír música.

Cuando todos se hubieron marchado, descubrí la caja vacía. Debí cerrarla mal y alguien aprovechó la oportunidad para llevarse su contenido. ¡Los rubíes, señor Poirot, el collar de esmeraldas... La colección de toda una vida! ¡Qué no daría por recuperarla! Sin embargo, ha de ser sin publicidad. ¿Entiende eso bien, monsieur Poirot? Son mis invitados, mis propios amigos. ¡Sería un escándalo!

—¿Quién fue el último en salir de esta habitación para ir al estudio?

—El señor Johnston. ¿Lo conoce? El millonario sudafricano. Vive en Abbotbury, en Park Lane. Se rezagó unos minutos, lo recuerdo. Pero, ¡seguro que no es él!

—¿Algunos de sus invitados regresó más tarde con algún pretexto?

—Esperaba esa pregunta, monsieur Poirot. Sí, tres de ellos: la condesa Vera Rossakoff, el señor Bernard Parker y lady Runcorn.

—Bien, cuente algo sobre ellos.

—La condesa Rossakoff es una rusa encantadora, perteneciente al antiguo régimen. Hace poco que vive en este país. Se había despedido de mí y, por lo tanto, me sorprendió encontrarla en esta habitación, aparentemente mirando hechizada mi vitrina de abanicos. ¿Sabe una cosa, monsieur Poirot? Cuanto más pienso en ello, más sospechosa me parece. ¿Usted qué dice a eso?

—Sí, es muy sospechosa, pero hableme de los otros.

—Parker vino a recoger una caja de miniaturas que yo deseaba mostrarle a Lady Runcorn.

—¿Y Lady Runcorn?

—Lady Runcorn es una señora de mediana edad que invierte la mayor parte de su tiempo en asuntos de caridad. Ella regresó a recoger su bolso que se había dejado en alguna parte.

—Bien, monsieur. Así, pues, tenemos cuatro grandes sospechosos. La condesa rusa, la gran dama inglesa, el millonario sudafricano y Mr. Bernard Parker. ¿Quién es Mr. Parker?

La pregunta pareció aturdir a Mr. Hardman.

—Es... un joven... bueno, un joven que conozco.

—Eso ya me lo imagino —replicó Poirot—. ¿A qué se dedica?

—Verá... frecuenta los casinos... claro que no navega muy bien, ¿me comprende?

—¿Puedo preguntar cómo se hizo amigo suyo?

—Pues... en una o dos ocasiones ha realizado pequeños encargos míos.

—Continúe, monsieur.

Hardman lo miró lastimeramente. Desde luego, lo último que deseaba era continuar. No obstante, el inexorable silencio de Poirot le hizo hablar.

—Verá, monsieur. Usted ya conoce mi interés por las joyas antiguas. A veces surgen herencias familiares. En fin, son joyas que nunca se venderían en el mercado o a través de un profesional. Ahora bien, esas familias se avienen cuando saben que son para mí. Parker arregla los detalles, sirve de puente y evita situaciones embarazosas. Por ejemplo, la condesa Rossakoff ha traído algunas joyas de Rusia y quiere venderlas. Parker es el encargado de tramitar los detalles de la operación.

—Comprendo —dijo Poirot pensativo—. ¿Y usted confía plenamente en él?

—No tengo motivo para otra cosa.

—Mr. Hardman, de esas cuatro personas, ¿de cuál sospecha usted?

—¡Monsieur Poirot, qué pregunta! Son mis amigos. En realidad, no sospecho de ninguno en particular y a la vez sospecho de todos.

—No estoy de acuerdo. Usted piensa en uno de los cuatro. No en la condesa Rossakoff ni en Mr. Parker. Luego, ha de ser lady Runcorn o Mr. Hohnston.

—Me acorrala, monsieur Poirot. Quiero que, sobre todo, se evite el escándalo. Lady Runcorn pertenece a una de las más antiguas familias de Inglaterra, pero, desgraciadamente, una tía suya, lady Carolina, padecía de...de una grave afección de cleptomanía. Claro que todos sus amigos lo sabían y nadie la censuró jamás. Su doncella devolvía las cucharillas, o lo que fuera, lo antes posible. ¿Me comprende?

—Sí, la tía de lady Runcorn era cleptómana. Muy interesante. Bien, ¿me permite que examine la caja de caudales?

Poco después Poirot abrió la caja para examinar su interior. Los estantes forrados de terciopelo nos miraron con sus vacías cuencas.

—La puerta no cierra bien —murmuró Poirot, moviéndola de un lado a otro—. ¿Por qué? ¡Caramba! ¿Qué tenemos aquí? ¡Un guante cogido del gozne! Un guante de hombre.

Lo tendió al señor Hardman.

—No es mío.

—¡Ajá! ¡Algo más! —Poirot extrajo un pequeño objeto del fondo de la caja. Era una cigarrera plana, hecha en moaré negro.

—¡Mi cigarrera! —gritó el señor Hardman.

—¿Suya? No, señor. Estas no son sus iniciales.

—Tiene usted razón. Es muy parecida a la mía, pero las iniciales son distintas. Una "P" y una "B". ¡Cielos! ¡Es de Parker!

—Un joven muy descuidado, especialmente si el guante es suyo también. —dijo Poirot—. Una doble pista. ¿No le parece?

—¡Bernard Parker! —murmuró Hardman—. ¡Qué alivio! Bien, monsieur Poirot, espero que recupere las joyas. Recorra a la policía si lo considera necesario. Claro, siempre que esté seguro de su culpabilidad.

—¿Ve, amigo mío? —me dijo Poirot mientras salíamos de la casa—. Hardman mide con una vara a los nobles y con otra a los plebeyos. Yo aún no he sido agraciado con un título. Por lo tanto, estoy en el bando de los últimos. Eso hace que me sienta inclinado favorablemente hacia el joven Parker. Cuando Hardman sospecha de lady Runcorn, de la condesa y de Johnston, resulta que hay pruebas en contra de nuestro hombre.

—¿Y usted por qué sospecha de los otros dos?

—*Parbleu!* Es muy fácil ser condesa rusa exiliada y millonario sudafricano. Cualquier mujer puede llamarse a sí misma condesa y nada prohíbe que un hombre adquiriera una casa en Park Lane y se diga millonario sudafricano. ¿Quién va a contradecirles?

—Estamos en la calle Bury. Nuestro descuidado joven vive aquí. Como se suele decir, golpeemos el hierro caliente.

Parker estaba en casa. Lo encontramos reclinado sobre almohadones, con un llamativo batín púrpura y naranja. Raras veces he sentido tan desagradable impresión como la experimentada al ver a este joven de rostro blanco, afeminado y de lenguaje pomposo.

—Buenos días, monsieur —dijo Poirot—. Vengo de casa del señor Hardman. Ayer durante la fiesta, alguien robó todas sus joyas. Dígame, ¿este guante es suyo?

—¿Dónde lo encontró?

—¿Es suyo monsieur?

—No, no lo es.

—¿Y esta cigarrera es suya?

—Tampoco. Siempre llevo una de plata.

—Muy bien, monsieur. Pondré el asunto en manos de la policía.

—¡Yo no haría eso si fuese usted! —gritó Parker—. ¡Recurrir a una gente tan antipática!. Espere un poco. Iré a ver al viejo Hardman.

Seguí a Porot, que se marchó sin hacerle caso.

—Le hemos dado algo en qué pensar —se rió—. Mañana sabremos lo ocurrido.

Sin embargo, el destino se empeñó en recordar el asunto a Poirot aquella tarde. Sin previa advertencia, la puerta se abrió para dar paso a un torbellino de forma de mujer que vino a romper nuestra intimidad. La condesa Vera Rossakoff tenía una personalidad turbadora.

—¿Es usted monsieur Poirot? ¿Cómo se atreve a culpar a ese pobre muchacho? ¡Es una infamia! Ese joven es un polluelo, un cordero. ¡Jamás robaría! No pienso permitir que sea martirizado.

—Dígame, madame, ¿esta cigarrera es de él? —Poirot le enseñó la cigarrera de moaré negro.

La condesa empleó un momento en inspeccionarla.

—Sí, es suya. La reconozco bien. ¿Y qué? ¿La encontró en casa de Mr. Hardman? Debió de perderla allí. Ustedes, los policías, son peores que la guardia roja.

—¿Es suyo el guante?

—¿Cómo voy a saberlo? Un guante se parece mucho a otro. Eso no justifica que se le prive de libertad. Tienen que aclarar su inocencia. ¿Lo hará usted? Venderé mis joyas y le pagaré bien por ello.

—Madame...

—¿De acuerdo, pues? No, no discuta. ¡Pobre muchacho! Vino a mí con lágrimas en los ojos. "Yo le salvaré" — le dije—. "¡Iré a ver a ese hombre, a ese ogro, a ese monstruo!" Ahora ya está resuelto. Me voy.

Con la misma ceremonia que había entrado, desapareció de la estancia, dejando un intenso perfume de naturaleza casi exótica tras sí.

—¡Vaya mujer! —exclamé—. ¡Y qué pieles lleva!

—Sí, son auténticas. Una condesa falsificada no llevaría pieles auténticas. Hastings, realmente es rusa. Bien, ahora resulta que nuestro joven fue sangrando a ella.

—La cigarrera es de él. Me gustaría saber si lo es el guante.

Con una sonrisa Poirot se sacó del bolsillo un segundo guante y lo colocó junto al primero. Obviamente, se trataba del mismo par de guantes.

—¿Dónde lo consiguió, Poirot?

Estaba con un bastón sobre la mesa del vestíbulo de monsieur Parker. En verdad es un joven muy descuidado. Sólo para cubrir el expediente haremos una nueva visita a Park Lane.

Acompañé a mi amigo. Johnston no estaba, pero sí su secretario particular. Éste nos dijo que Johnston hacía poco que había regresado de Sudáfrica. En realidad nunca estuvo antes en Inglaterra.

—¿Le interesan las piedras preciosas? —preguntó Poirot.

—Las minas de oro, en todo caso, señores —se rió el secretario.

Poirot salió de la entrevista pensativo. Aquella noche lo encontré estudiando gramática rusa.

—¡Cielos, Poirot! ¿Aprende ruso para conversar con la condesa en su propio idioma?

—Ciertamente, no escucharía mi inglés, amigo mío.

—Los rusos de buena cuna hablan francés —dije yo.

—Es usted una mina de información, Hastings. Bien, renunciaré a los laberintos del alfabeto ruso.

Tiró el libro con gesto dramático. A mí no me satisfizo su modo de obrar, si bien advertí su peculiar parpadeo, signo inequívoco de que se hallaba satisfecho consigo mismo.

—¿Duda de que realmente sea rusa? ¿Piensa comprobarlo? —pregunté.

—Sé que es rusa.

—¿Cómo lo sabe?

—Si quiere averiguarlo personalmente, Hastings, le recomiendo *Los primeros pasos de ruso*; es una ayuda valiosísima.

Luego se rió y ya no dijo nada más. Recogió el libro del suelo y me puse a curiosarlo, pero fui incapaz de sacar algo en claro.

En la siguiente mañana no hubo noticias nuevas. Esto no pareció preocupar a mi amigo. A la hora del desayuno me anunció su propósito de que visitaríamos al señor Hardman. Lo encontramos en su casa con aspecto más tranquilo que al día anterior.

—Bien, monsieur Poirot, ¿hay noticias? —preguntó ansioso.

Poirot le tendió una hoja de papel.

—Aquí tiene escrito el nombre de la persona que robó las joyas. ¿Pongo el asunto en manos de la policía? ¿O prefiere usted que recupere las joyas sin que intervengan los estamento oficiales?

Mr. Hardman miraba el papel. Al final dijo:

—¡Sorprendente! Prefiero soslayar un posible escándalo. Le concedo carta blanca, monsieur Poirot. Estoy seguro de que será discreto.

Un taxi nos condujo hasta el Hotel Carlton, donde Poirot se hizo anunciar a la condesa Rossakoff. Minutos después nos hallábamos en sus dependencias. La condesa salió a nuestro encuentro, con las manos extendidas, envuelta en un bello conjunto con dibujos primitivos.

—Monsieur Poirot—exclamó—. ¿Lo ha conseguido? ¿Está ya libre de acusación el pobre niño?

—Madame *la comtesse*, su amigo Parker es inocente.

—Es usted un hombrecillo inteligente. ¡Soberbio! Y además muy rápido.

—También le he prometido a Mr. Hardman que las joyas le serán devueltas hoy.

— ¿Ah, sí?

— Madame, le agradecería muchísimo que me las entregase sin demora. Lamento tener que presionarla, pero me espera un taxi por si es necesario ir a Scotland Yard. Nosotros los belgas, madame, practicamos ese deporte que se llama economía.

La condesa había encendido un cigarrillo. Durante unos segundos quedó inmóvil, lanzando anillas de humo, con los ojos fijos en Poirot. Luego estalló en carcajadas, se puso de pie, se encaminó hasta su secreter, abrió un cajón, y sacó un bolso de seda negra que arrojó a Poirot.

El tono de su voz fue suave y con cierto dejo de indiferencia.

—Nosotros los rusos, por el contrario, practicamos la prodigalidad. Y para esto, desgraciadamente, se necesita dinero. No es preciso que mire su interior. Están todas.

Poirot se levantó.

—La felicito, madame, por su inteligencia y prontitud.

—Puesto que le aguarda un taxi..., ¿puedo ayudarle?

—Es usted muy amable, madame. ¿Se queda mucho tiempo en Londres?

—Temo que no, debido a usted.

—Acepte mis excusas.

—¿Nos veremos en otra ocasión?

—Así lo espero.

—Yo no lo deseo —exclamó la condesa riéndose—. El mío es un gran cumplido. Hay muy pocos hombres en el mundo a quienes yo tema. Adiós, monsieur Poirot.

—Adiós, madame *la comtesse*. Ah, disculpe, me olvidaba; permítame que le devuelva su cigarrera.

Y con una inclinación, le entregó la pequeña cigarrera negra de moaré que habíamos hallado en la caja. La aceptó sin ningún cambio de expresión, salvo una ceja levantada al murmurar:

—Comprendo.

—¡Vaya mujer! —exclamó Poirot entusiasmado, mientras descendíamos las escaleras—. *Mon Dieu, quelle femme!* ¡Ni una palabra de protesta, ni una exclamación de queja! Una mirada y ya ha sabido cuál era su situación. Hastings, una mujer que acepta la derrota con una sonrisa, llega muy lejos. Es peligrosa; tiene los nervios de acero.

Su entusiasmo no le dejó ver dónde pisaba y su tropezón fue más que aparatoso.

—Será mejor que modere sus ánimos y mire dónde pisa. —sugerí.—
¿Cuándo sospechó de la condesa?

—*Mon ami*, el guante y la cigarrera constituían una doble pista demasiado clara. Bernard Parker podía extraviar una de las dos cosas, pero no ambas. Por otra parte, si alguien hubiese intentado que las sospechas recayesen sobre Parker, con una sola tenía suficiente. Eso me llevó a la conclusión de que uno de los objetos no era de él.

Al principio, le supuse dueño de la cigarrera. Ahora bien, tan pronto supe que el guante era suyo, intuí a quién pertenecía la otra pieza. ¿De quién pues, era la cigarrera? Lady Runcorn quedó descartada en el caso, ya que las iniciales no coincidían. ¿El señor Johnston? Sólo si utilizaba un nombre falso. Sin embargo, la entrevista que sostuvimos con su secretario me proporcionó la evidencia de su situación legal. Luego, el señor Johnston nada tenía que ver con el asunto.

La condesa, pues. Ella había traído joyas de Rusia, y le bastaba con sacar las piedras de sus monturas. Realmente hubiera sido muy difícil reconocerlas luego.

Nada más fácil para la condesa que apropiarse de uno de los guantes de Parker, dejados en el vestíbulo aquel día, y olvidárselo en la caja. Claro es que no tuvo el propósito de abandonar también su propia cigarrera.

—Pero si la cigarrera es suya, ¿por qué tiene las iniciales "B. P."? Las suyas son "V. R."

Poirot se sonrió.

—Exacto, *mon ami*. Sólo que en el alfabeto ruso, B es V y P es R.

—Oh, no esperaba que yo adivinase eso. No sé ruso.

—Ni yo, Hastings. Por eso compré aquel librito...y le sugerí que lo repasase.

Suspiré, vencido una vez más.

Después de un breve silencio, Poirot continuó:

—¡Una mujer extraordinaria! Tengo un presentimiento, amigo mío. Sí, presentimiento que volveré a encontrármela en algún sitio. ¿Dónde? ¡No lo sé!

LA ESPERA

Jorge Luis Borges



El coche lo dejó en el cuatro mil cuatro de esa calle del Noroeste. No habían dado las nueve de la mañana; el hombre notó con aprobación los manchados plátanos, el cuadrado de tierra al pie de cada uno, las decentes casas de balconcito, la farmacia contigua, los desvaídos rombos de la pinturería y ferretería. Un largo y ciego paredón de hospital cerraba la acera de enfrente; el sol reverberaba, más lejos, en unos invernáculos. El hombre pensó que esas cosas (ahora arbitrarias y casuales y en cualquier orden, como las que se ven en los sueños) serían con el tiempo, si Dios quisiera, invariables, necesarias y familiares. En la vidriera de la farmacia se leía en letras de loza: Breslauer, los judíos estaban desplazando a los italianos, que habían desplazado a los criollos. Mejor así; el hombre prefería no alternar con gente de su sangre.

El cochero le ayudó a bajar el baúl; una mujer de aire distraído o cansado abrió por fin la puerta. Desde el pescante el cochero le devolvió una de las monedas, un vintén oriental que estaba en su bolsillo desde esa noche en el hotel de Melo. El hombre le entregó cuarenta centavos, y en el acto sintió: "Tengo la obligación de obrar de manera que todos se olviden de mí. He cometido dos errores: he dado una moneda de otro país y he dejado ver que me importa esa equivocación".

Precedido por la mujer, atravesó el zaguán y el primer patio. La pieza que le habían reservado daba, felizmente, al segundo. La cama era de hierro, que el artífice había deformado en curvas fantásticas, figurando ramas y pámpanos; había, asimismo, un alto ropero de pino, una mesa de luz, un estante con libros a ras del suelo, dos sillas desparejas y un lavatorio con su palangana, su jarra, su jabonera y un botellón de vidrio turbio. Un mapa de la provincia de Buenos Aires y un crucifijo adornaban las paredes; el papel era carmesí, con grandes pavos reales repetidos, de cola desplegada. La única puerta daba al patio. Fue necesario variar la colocación de las sillas para dar cabida al baúl. Todo lo aprobó el inquilino; cuando la mujer le preguntó cómo se llamaba, dijo Villari, no como un desafío secreto, no para mitigar una humillación que, en verdad, no sentía, sino porque ese nombre lo trabajaba, porque le fue imposible pensar en otro.

No lo sedujo, ciertamente, el error literario de imaginar que asumir el nombre del enemigo podía ser una astucia.

El señor Villari, al principio, no dejaba la casa; cumplidas unas cuantas semanas, dio en salir, un rato, al oscurecer. Alguna noche entró en el cinematógrafo que había a las tres cuadras. No pasó nunca de la última fila; siempre se levantaba un poco antes del fin de la función. Vio trágicas historias del hampa; éstas, sin duda, incluían errores, éstas, sin duda, incluían imágenes que también lo eran de su vida anterior; Villari no las advirtió porque la idea de una coincidencia entre el arte y la realidad era ajena a él. Dócilmente trataba de que le gustaran las cosas; quería adelantarse a la intención con que se las mostraban. A diferencia de quienes han leído novelas, no se veía nunca a sí mismo como un personaje del arte.

No le llegó jamás una carta, ni siquiera una circular, pero leía con borrosa esperanza una de las secciones del diario. De tarde, arrimaba a la puerta una de las sillas y mateaba con seriedad, puestos los ojos en la enredadera del muro de la inmediata casa de altos. Años de soledad le habían enseñado que los días, en la memoria, tienden a ser iguales, pero que no hay un día, ni siquiera de cárcel o de hospital, que no traiga sorpresas, que no sea al trasluz una red de mínimas sorpresas. En otras reclusiones había cedido a la tentación de contar los días y las horas, pero esta reclusión era distinta, porque no tenía término —salvo que el diario, una mañana, trajera la noticia de la muerte de Alejandro Villari. También era posible que Villari ya hubiera muerto y entonces esta vida era un sueño. Esa posibilidad lo inquietaba, porque no acabó de entender si se parecía al alivio o a la desdicha; se dijo que era absurda y la rechazó. En días lejanos, menos lejanos por el curso del tiempo que por dos o tres hechos irrevocables, había deseado muchas cosas, con amor sin escúpulo; esa voluntad poderosa, que había movido el odio de los hombres y el amor de alguna mujer; ya no quería cosas particulares: sólo quería perdurar, no concluir. El sabor de la yerba, el sabor del tabaco negro, el creciente filo de sombra que iba ganando el patio, eran suficientes estímulos.

Había en la casa un perro lobo, ya viejo. Villari se amistó con él. Le hablaba en español, en italiano y en las pocas palabras que le quedaban del rústico dialecto de su niñez. Villari trataba de vivir en el mero presente, sin recuerdos ni previsiones; los primeros le importaban menos que las últimas. Oscuramente creyó intuir que el pasado es la sustancia de que el tiempo está hecho; por ello

es que éste se vuelve pasado enseguida. Su fatiga, algún día, se pareció a la felicidad; en momentos así, no era mucho más complejo que el perro.

Una noche lo dejó asombrado y temblando una íntima descarga de dolor en el fondo de la boca. Ese horrible milagro recurrió a los pocos minutos y otra vez hacia el alba. Villari, al día siguiente, mandó buscar un coche que lo dejó en un consultorio dental del barrio del Once. Ahí le arrancaron la muela. En ese trance no estuvo más cobarde ni más tranquilo que otras personas.

Otra noche, al volver del cinematógrafo, sintió que lo empujaban. Con ira, con indignación, con secreto alivio, se encaró con el insolente. Le escupió una injuria soez; el otro, atónito, balbuceó una disculpa. Era un hombre alto, joven, de pelo oscuro, y lo acompañaba una mujer de tipo alemán; Villari, esa noche, se repitió que no los conocía. Sin embargo, cuatro o cinco días pasaron antes que saliera a la calle.

Entre los libros del estante había una *Divina Comedia*, con el viejo comentario de Andreoli. Menos urgido por la curiosidad que por un sentimiento de deber, Villari acometió la lectura de esa obra capital; antes de comer, leía un canto, y luego, en orden riguroso, las notas. No juzgó inverosímiles o excesivas las penas infernales y no pensó que Dante lo hubiera condenado al último círculo donde los dientes de Ugolino roen sin fin la nuca de Ruggieri.

Los pavos reales del papel carmesí parecían destinados a alimentar pesadillas tenaces, pero el señor Villari no soñó nunca con una glorieta monstruosa hecha de inextricables pájaros vivos. En los amaneceres soñaba un sueño de fondo igual y de circunstancias variables. Dos hombres y Villar entraban con revólveres en la pieza y lo agredían al salir del cinematógrafo o eran, los tres a un tiempo, el desconocido que lo había empujado, o lo esperaban tristemente en el patio y parecían no conocerlo. Al fin del sueño, él sacaba el revólver del cajón de la inmediata mesa de luz (y es verdad que en ese cajón guardaba un revólver) y lo descargaba contra los hombres. El estruendo del arma lo despertaba, pero siempre era un sueño y en otro sueño tenía que volver a matarlos.

Una turbia mañana del mes de julio, la presencia de gente desconocida (no el ruido de la puerta cuando la abrieron) lo despertó. Altos en la penumbra del cuarto, curiosamente simplificados por la penumbra (siempre en los sueños de temor habían sido más claros), vigilantes, inmóviles y pacientes, bajos los ojos como si el peso de las armas los encorvara, Alejandro Villari y un desconocido lo habían alcanzado, por fin. Con una seña les pidió que esperaran y se dio vuelta contra la pared, como si retomara el sueño. ¿Lo hizo para despertar la misericordia de quienes lo mataron, o porque es menos duro sobrellevar un acontecimiento espantoso que imaginarlo y aguardarlo sin fin, o —y esto es quizá lo más verosímil— para que los asesinos fueran un sueño, como ya lo habían sido tantas veces, en el mismo lugar, a la misma hora?

En esa magia estaba cuando lo borró la descarga.

**LA AVENTURA
DE JOHNNIE
WAVERLY**

Agatha Christie



Se sigue
copiado mañana
los días
con
algun

—Tiene que comprender los sentimientos de una madre —repitió mistress Waverly, quizá por sexta vez y mirando suplicante a Poirot.

Nuestro pequeño amigo, siempre comprensivo ante una madre apurada, trató de tranquilizarla con un gesto.

—Pues claro, claro; la comprendo perfectamente. Confíe en Papá Poirot.

—La policía... —comenzó a decir mister Waverly.

Su esposa despreció la interrupción.

—Yo no quiero saber nada más de la policía. ¡Confiamos en ellos, y mira lo que ha ocurrido! Pero he oído hablar tanto de monsieur Poirot y de las cosas tan maravillosas que ha realizado, que presiento que él tal vez pueda ayudarnos. Los sentimientos de una madre...

Poirot con un gesto elocuente, apresuróse a evitar otra repetición. La emoción de mistress Waverly era auténtica, y contrastaba con su carácter duro y áspero. Cuando supo que era la hija de un importante fabricante de aceros de Birmingham que se había abierto camino hasta su actual posición, comprendió que había heredado muchas de las cualidades paternas.

Mister Waverly era un hombre grandote y jovial. De pie y con las piernas muy separadas tenía todo el aspecto de un hacendado.

—Supongo que está enterado de todo, ¿verdad, monsieur Poirot?

La pregunta era casi superflua. Durante varios días los periódicos publicaron amplias informaciones acerca del sensacional rapto del pequeño Johnnie Waverly, de tres años de edad y heredero de Marcus Waverly, de Waverly Court, Surrey, una de las familias más antiguas de Inglaterra.

—Desde luego, conozco los detalles más importantes, pero le ruego que vuelva a contarme toda la historia, monsieur, y sin olvidarse de nada, por favor.

—Bien. Creo que el principio de todo esto fue la carta anónima que recibí hace diez días... ¡qué desagradables son los anónimos!, y que no tenía ni pies

ni cabeza. El que escribía me exigía la entrega de veinticinco mil libras..., ¡veinticinco mil libras, monsieur Poirot!..., y me amenazaba con raptar a Johnnie en caso contrario. Naturalmente, arrojé el anónimo al cesto de los papeles. Cinco días después recibí otra carta por el estilo: "Si no paga, su hijo será secuestrado el veintinueve". Eso fue el veintisiete. Ada estaba muy alarmada, pero yo no quise tomar en serio el asunto. ¡Maldita seal, estamos en Inglaterra. Nadie va por ahí raptando niños para conseguir un rescate.

—Desde luego, no es muy corriente —repuso Poirot—. Continúe, monsieur.

—Bien. Ada no me dejaba en paz..., de modo que, aunque considerándolo una tontería, puse el caso en manos de Scotland Yard. No parecieron tomarlo muy en serio, inclinándose a pensar como yo, que debía tratarse de una broma. El día veintiocho recibí la tercera carta. "No ha pagado. Su hijo será raptado mañana a las doce del mediodía. Y su rescate le costará cinco mil libras." Volví a Scotland Yard. Esta vez parecieron algo más impresionados. Se inclinaron a pensar que aquellas cartas fueron escritas por un lunático, y que era probable que a la hora señalada hubiera algún intento de secuestro. Me aseguraron que tomarían todas las precauciones para evitarlo. El inspector McNeil con las fuerzas convenientes irían a Waverly a la mañana siguiente para cuidar de ello.

Volví a casa mucho más tranquilo. No obstante, di orden de que no dejaran entrar a ningún extraño, y de que nadie saliera sin mi consentimiento. Transcurrió la tarde sin novedad, mas a la mañana siguiente mi esposa se encontraba seriamente enferma. Asustado, envié a buscar al doctor Darkens. Al parecer, los síntomas que apreció le sumieron en un mar de confusiones y pude comprender lo que pasaba por su mente. Me aseguró que la enferma no corría peligro, pero que tardaría uno o dos días en restablecerse. Al volver a mi habitación tuve la sorpresa de encontrar una nota prendida en mi almohada escrita con la misma letra que las otras y que contenía solo tres palabras: "A las doce".

Confieso, monsieur Poirot, que en aquellos momentos lo vi todo rojo. Alguien que vivía en mi propia casa tenía que ver en ello. Reuní a todos los criados y les puse de vuelta y media. Nunca se acusan unos a otros; fue miss Collins, la secretaria de mi esposa, quien me informó de que había visto a la niñera de Johnnie salir de casa a primeras horas de la mañana. La atosigué a preguntas y confesó. Había dejado al niño con otra de las doncellas para ir a

ver a... un hombre. ¡Así van las cosas! Negó haber prendido la nota en mi almohada... Es posible que dijera la verdad; no lo sé. Me di cuenta de que no podía correr el riesgo de que la propia niñera formara parte del complot. Uno de los criados estaba complicado en él. Al fin, perdido el dominio de mis nervios, los despedí a todos, incluyendo a la niñera. Les di una hora para recoger sus cosas y salir de la casa.

El rostro, ya de por sí encarnado, de mister Waverly se puso dos veces más rojo al recordar su pasado arrebatado.

—¿No fue algo imprudente, monsieur? —sugirió Poirot—. Porque de ese modo pudo ayudar a sus enemigos con toda efectividad.

—No se me ocurrió —dijo mister Waverly mirando con fijeza al detective—. Mi intención era que se fueran todos. Telegrafíé a Londres para que me enviaran nuevo servicio aquella misma tarde. Entretanto, sólo había dos personas en la casa en quienes poder confiar: la secretaria de mi esposa, miss Collins, y Tredwell, el mayordomo, que ha estado conmigo desde que yo era niño.

—Y esa mademoiselle Collins, ¿cuánto tiempo lleva con ustedes?

—Sólo un año —repuso mistress Waverly—. Es una secretaria incomparable y también ha resultado ser un ama de llaves muy eficiente.

—¿Y la niñera?

—La tenemos desde hace seis meses. Presentó inmejorables referencias. De todas formas, nunca me agradó a pesar de que Johnnie la adoraba.

—Sin embargo, me figuro que cuando ocurrió la catástrofe ya se había marchado. Mister Waverly, ¿quiere tener la bondad de continuar?

Mister Waverly apresuróse a obedecer.

—El inspector McNeil llegó a eso de las diez y media. Entonces los criados ya se habían marchado, y se declaró muy satisfecho con los arreglos hechos. Había dejado varios hombres apostados en el parque, guardando todas las entradas que pudieran llevar hasta la casa y me aseguró que si todo aquello era una burla atraparía al misterioso corresponsal.

Fui a buscar a Johnnie y con el inspector nos refugiamos en una habitación que llamamos la cámara del consejo. El inspector cerró la puerta con llave. Hay

un gran reloj y las manecillas señalaban casi las doce. No puedo negar que estaba más nervioso que un gato. De pronto el reloj comenzó a sonar y yo estreché a Johnnie contra mi pecho. Tenía la sensación de que el secuestrador iba a caer del techo. Al dar la última campanada oyóse una gran conmoción fuera..., gritos y carreras. El inspector abrió la ventana y el sargento se acercó corriendo.

"—Ya lo tenemos, señor —jadeó—. Estaba oculto entre los arbustos."

Salimos corriendo a la terraza, donde dos agentes sujetaban a un individuo mal vestido que se debatía en un vano afán de escapar. Uno de los policías estaba abriendo un paquete que acababa de quitar al prisionero. Contenía un poco de algodón hidrófilo y una botella de cloroformo. Aquello me hizo arder la sangre. Había además una nota dirigida a mí. La abrí; decía lo siguiente: "Debió haber pagado. Ahora el rescatar a su hijo le costará cincuenta mil libras. A pesar de todas sus precauciones, ha sido secuestrado a las doce del veintinueve, como yo le dije".

Solté una risotada de alivio, pero al mismo tiempo oí el ruido de un motor de automóvil y un grito. Volví la cabeza. Por la avenida y en dirección a South Lodge corría un coche gris chato y largo a toda velocidad. El conductor fue quien gritó, pero no era eso lo que me hizo estremecer de horror, sino la vista de los rizos rubios de Johnnie, que estaba sentado a su lado.

El inspector lanzó una maldición.

—El niño estaba aquí hace solo un minuto —exclamó repasándonos con la vista.

Todos nosotros estábamos allí, yo, Tredwell, miss Collins.

—¿Cuándo le vió usted por última vez, míster Waverly? —me preguntó.

Traté de recordar. Cuando el sargento nos llamó, salí corriendo con el inspector, olvidando a Johnnie. Y entonces oímos un sonido que nos sobresaltó, el de las campanas del reloj del pueblo. El inspector extrajo de su bolsillo el suyo con una exclamación. Eran exactamente las doce. Como impulsados por un resorte, corrimos a la cámara del consejo; el reloj marcaba la hora y diez minutos. Alguien lo había adelantado deliberadamente, porque nunca se adelanta o atrasa. Es un reloj perfecto.

Míster Waverly hizo una pausa. Poirot, sonriente, enderezó con el pie una alfombrita que aquel padre nervioso había ladeado.

—Un problema muy grave, oscuro y encantador —murmuró el detecti-

ve—. Lo investigaré con sumo placer. La verdad es que fue planeado *à merveille*.

Mistress Waverly miróle con reproche.

—Pero, ¿y mi hijo...? —gimoteó.

Poirot apresuróse a modificar la expresión de su rostro y darle de nuevo expresión de simpatía.

—Está a salvo, señora, y no ha sufrido el menor daño. Le aseguro que esos malhechores le cuidarán muy bien. ¿No ve que para ellos es el plato..., no, la gallina de los huevos de oro?

—Monsieur Poirot, le aseguro que sólo cabe hacer una cosa..., pagar. Al principio opinaba lo contrario..., ¡pero ahora...! Los sentimientos de una madre...

—Pero hemos interrumpido la historia de monsieur —apresuróse a explicar el detective.

—Supongo que el resto debe conocerlo ya gracias a los periódicos —repu-so míster Waverly—. Claro que el inspector McNeil avisó inmediatamente por teléfono dando la descripción del automóvil y del hombre, y al principio pareció que todo iba a terminar bien, ya que un coche de las mismas características, con un hombre y un niño, fue visto en varios pueblos, circulando, al parecer, con rumbo a Londres. Se detuvieron en cierto lugar y pudieron observar que el niño lloraba y estaba muy asustado y temeroso de su acompañante. Cuando el inspector McNeil me anunció que habían detenido aquel automóvil y a sus ocupantes, casi me pongo enfermo de la alegría. Ya sabe lo que ocurrió luego. El niño no era Johnnie y el hombre era un automovilista empedernido, muy aficionado a los niños, que había recogido a un pequeñuelo en las calles de Edenswell, un pueblo situado a más de veinte kilómetros de nosotros, y le estaba dando un paseo. Gracias a la estúpida seguridad de la policía, todos los demás rastros habían desaparecido. De no haber perseguido con tanta insistencia a aquel coche equivocadamente, hubiera podido encontrar al niño.

—Cálmese, monsieur. La policía es un cuerpo de hombres inteligentes y arriesgados. Su error fue muy natural, ya que el ardid estaba muy bien tra-

mado. Y en cuanto al hombre que capturaron en el parque, tengo entendido que su declaración ha consistido en una negativa constante. Insiste en que la nota y el paquete le fueron entregados para ser llevados a Waverly Court. El hombre se lo dio, le pagó con un billete de diez chelines, prometiéndole otros diez si lo entregaba exactamente a las doce menos diez. Tenía que acercarse a la casa por el parque y llamar a la puerta lateral.

—No creo ni una sola palabra —declaró mistress Waverly con valor—. Es una sarta de mentiras.

—*En verité* es una historia bastante floja —dijo Poirot, pensativo—. Pero por ahora no han conseguido sacarle nada más. Tengo entendido que también hizo cierta acusación.

Miró interrogadoramente a míster Waverly, que volvió a enrojecer.

—Ese individuo tiene la pretensión de que Tredwell es el hombre que le dio el paquete. "Sólo que ahora se ha afeitado el bigote." ¡Tredwell, que ha nacido en mi finca...!

Poirot sonrió ligeramente ante la indignación del hacendado.

—No obstante, usted mismo sospecha que alguien íntimamente ligado a su casa tiene que ser cómplice del rapto.

—Sí, pero no Tredwell.

—¿Y usted, madame?, —preguntó Poirot volviéndose de improviso hacia la dama.

—No pudo ser Tredwell quien le diera el paquete..., si es que alguien lo hizo, cosa que no creo... Ese hombre dice que se lo dieron a las diez, y a las diez Tredwell se hallaba con mi esposo en el salón de fumar.

—¿Pudo distinguir el rostro del hombre que conducía el automóvil, monsieur?

—Estaba demasiado lejos para poder verle la cara.

—¿Sabe si Tredwell tiene algún hermano?

—Tuvo varios, pero han muerto todos. Al último lo mataron en la guerra.

—Todavía no estoy muy familiarizado con los parques de Waverly Court. Dice usted que el automóvil iba en dirección a South Lodge. ¿Hay alguna otra entrada?

—Sí; la que llamamos East Lodge.

—Es extraño que nadie viera entrar el coche en el parque.

—Existe un derecho de paso por un camino que da acceso a la capilla. Muchos vehículos pasan por ahí. Ese hombre debió detener el coche en un lugar conveniente y correr hasta la casa precisamente cuando se acababa de dar la alarma y toda la atención estaba concentrada en otra parte.

—A menos que ya estuviera dentro de la casa —susurró Poirot—. ¿Hay algún sitio donde podría haberse escondido con seguridad?

—Bueno, cierto es que no registramos de antemano la casa. No lo consideré necesario. Supongo que pudo haberse escondido en cualquier parte, pero, ¿quién pudo dejarle entrar en la casa?

—Ya llegaremos a eso más tarde. Cada cosa a su tiempo... y seamos metódicos. ¿Existe algún escondite especial en la casa? Waverly Court es una mansión antigua, y algunas veces estos lugares tienen Agujeros Secretos, como se les llama.

—¡Cielos, existe un Agujero Secreto! Se entra por uno de los paneles del vestíbulo.

—¿Cerca de la cámara del consejo?

—Precisamente al lado de la puerta.

—*Voilà!*

—Pero nadie lo conoce, excepto mi esposa y yo.

—¿Y Tredwell?

—Bueno..., es posible que haya oído hablar de él.

—¿Y Miss Collins?

—Nunca lo he mencionado en su presencia.

—Bien, monsieur, ahora lo que debo hacer es ir a Waverly Court. ¿Le parece bien que vaya esta tarde?

—¡Oh! Tan pronto como le sea posible, por favor, monsieur Poirot —exclamó mistress Waverly—. Lea esto una vez más.

Y puso en sus manos la última misiva del enemigo, que había llegado a Waverly aquella mañana y que se apresuraron a remitir a Poirot. En ella se daban explicaciones explícitas para efectuar la entrega del dinero y finalizaba con la amenaza de que el niño pagaría con su vida cualquier traición. Era evidente: mistress Waverly luchaba entre el amor al dinero y sus instintos maternos y, naturalmente, estaban ganando estos últimos.

Poirot detuvo unos momentos a mistress Waverly a espaldas de su esposo.

—Madame, dígame la verdad, por favor. ¿comparte la confianza que su esposo tiene en el mayordomo Tredwell?

—No tengo nada contra él, monsieur Poirot. No comprendo de qué modo puede estar mezclado en este asunto, pero..., bueno, nunca me ha gustado..., nunca.

—Otra cosa, madame, ¿puede darme la dirección de la niñera del pequeño?

—Netherall Road 14, Hammersmith. No supondrá usted...

—Yo nunca supongo. Sólo... empleo mis células grises. Y algunas veces..., sólo muy de vez en cuando..., se me ocurre alguna idea.

Poirot acercóse a mí una vez hubo cerrado la puerta.

—De modo que a madame nunca le ha gustado el mayordomo. Eso es interesante, ¿verdad, Hastings?

Decidí no preguntarle nada. Poirot me ha engañado tantas veces que ahora ando con cuidado. Siempre me tiende alguna trampa.

Después de una toilette bastante complicada salimos en dirección a Netherall Road. Tuvimos la suerte de encontrar en casa a miss Jessie Whitters; una agradable joven de unos treinta y cinco años, muy eficiente. No pude imaginármela mezclada en aquel asunto. Estaba resentida por el modo en que había sido despedida, aunque admitió que había obrado mal. Estaba prometida a un pintor decorador que casualmente se hallaba en la vecindad de Waverly y corrió a verle en cuanto se le presentó la ocasión, lo cual resultaba bastante natural. Yo no acababa de comprender a Poirot. Todas sus preguntas me parecieron poco acertadas. Se referían principalmente a la vida cotidiana en Waverly Court. Yo me sentía molesto y me alegré cuando al fin se decidió a marchar.

—*Mon ami*, secuestrar es un trabajo fácil —observó mientras paraba un taxi en Hammersmith Road para que nos llevara a Watfloo—. Ese niño pudo ser raptado con la mayor tranquilidad cualquier día transcurrido en los últimos tres años.

—No veo que eso nos ayude mucho —observé con frialdad.

—*Au contraire*, con eso adelantamos muchísimo... Hastings, ya que se empeña en usar alfiler de corbata, por lo menos póngaselo en el centro exacto. En estos momentos lo lleva un milímetro y medio torcido hacia la derecha.

Waverly Court es una bonita mansión antigua recientemente restaurada con gusto y cuidado. Mister Waverly nos mostró la cámara del consejo, la terraza y todos los lugares relacionados con el caso. Al fin, a requerimiento de Poirot, presionó un resorte en la pared, cosa que hizo correr un panel, y por un estrecho pasillo entramos en el Agujero Secreto.

—Ya ve usted —dijo Waverly—. Aquí no hay nada.

La reducida habitación estaba completamente vacía, y el suelo aparecía escrupulosamente barrido. Me reuní con Poirot, que contemplaba atentamente unas huellas en un rincón.

—¿Qué le parece esto, amigo mío?

Veíanse cuatro marcas muy juntas.

—Las pisadas de un perro —exclamé.

—De un perro muy pequeño, Hastings.

—Un pomeranian.

—Más pequeño.

—¿Un grifón? —insinué.

—Más pequeño todavía que un grifón. Una especie desconocida en el Kennel Club.

Le miré. Su rostro resplandecía de entusiasmo y satisfacción.

—Tenía razón —murmuró—. Sabía que estaba en lo cierto. Vamos, Hastings.

Al regresar al vestíbulo el panel cerróse a nuestra espalda y una joven salió de una puerta del pasillo. Mister Waverly nos presentó.

—Miss Collins.

Miss Collins tendría unos treinta años de edad, y sus ademanes eran rápidos y despiertos. Tenía los cabellos rubios y usaba gafas sin montura.

A una indicación de Poirot entramos en una alegre habitación en donde la interrogó acerca de los criados y especialmente de Tredwell. Admitió que no le agradaba el mayordomo.

—¡Se da tanta importancia...! —explicó.

Luego pasaron a tratar de la comida que tomara mistress Waverly la noche del día veintiocho. Miss Collins declaró que ella había comido lo mismo en su salita de arriba y que no se sintió mal. Cuando ya marchaba le dije a Poirot:

—El perro.

—¡Ah!, sí, el perro. —Sonrió abiertamente—. ¿Tiene algún perro, por casualidad, mademoiselle?

—Hay dos perdigueros en las perreras.

—No; me refiero a un perro pequeño, de juguete.

—No, no hay ninguno.

Poirot la dejó marchar. Luego, presionando el timbre, me hizo observar:

—Esa miss Collins miente. Es probable que en su caso yo hiciera lo mismo. Ahora veamos al mayordomo.

Tredwell era un individuo muy digno. Contó su historia con perfecto aplomo, que era exactamente la misma que la de mister Waverly. Confesó conocer el Agujero Secreto.

Cuando se hubo retirado tropecé con la mirada inquisitiva de Poirot.

—¿Qué le parece todo esto, Hastings?

—¿Y a usted? —pregunté a mi vez.

—¡Qué precavido se ha vuelto! Nunca le funcionarán las células grises, a menos que las estimule. ¡Ah!, pero no le voy a meter prisa. Saquemos juntos nuestras deducciones. ¿Qué punto nos parece más difícil?

—Hay una cosa que me choca —dije—. ¿Porqué el hombre que raptó al

niño tuvo que huir por South Lodge en vez de ir por East Lodge, donde nadie le hubiera visto? No lo veo muy claro.

—Es un buen punto, Hastings, excelente. Y hace juego con otro. ¿Por qué avisar a los Waverly de antemano? ¿Por qué no raptar al niño sencillamente y luego exigir el rescate?

—Porque esperaba obtener el dinero sin verse obligado a entrar en acción.

—¿Y no resultaba bastante difícil que entregasen el dinero por una simple amenaza?

—Y también quiso concentrar la atención en las doce del mediodía, de modo que cuando el hombre gancho fuese atrapado, él pudiera salir de su escondite y largarse con el niño sin que nadie se diera cuenta.

—Lo cual no altera el hecho de que tratara de complicar algo que era bien sencillo. De no haber especificado el día ni la hora, nada hubiera sido más fácil que aguardar su oportunidad y llevarse el niño en un automóvil cualquier día de los que éste salía con su niñera.

—Sí..., sí —admití poco convencido.

—En resumen. ¡Se ha representado esta farsa deliberadamente! Ahora enfoquemos la cuestión desde otro ángulo. Todo tiende a señalar la existencia de un cómplice en la misma casa. Punto número uno: el misterioso envenenamiento de mistress Waverly. Punto número dos: la nota prendida en la almohada. Punto número tres: el adelantar el reloj diez minutos..., todo dentro de la casa. Hay un detalle adicional en el que tal vez no haya usted reparado. No había polvo en el Agujero Secreto. Había sido barrido con una escoba.

Tenemos cuatro personas en la casa. (Podemos excluir a la niñera, puesto que no pudo haber barrido el Agujero Secreto, aunque sí realizar los otros tres puntos.) Cuatro personas: míster y mistress Waverly, Tredwell, el mayordomo, y miss Collins. Empezaremos por esta última. No tenemos gran cosa en contra, excepto que sabemos muy poco de ella, que es una mujer muy inteligente y que lleva sólo un año en la casa.

—Usted dijo que mintió en lo del perro —le recordé.

—¡Ah, sí, el perro! —Poirot sonrió de un modo peculiar—. Ahora pasemos a Tredwell. Hay varios factores sospechosos contra él. En primer lugar, el detenido dice que fue Tredwell quien le entregó el paquete en el pueblo y lo dice seguro.

—Pero Tredwell puede probar su coartada para este punto.

—Incluso así, pudo haber envenenado a mistress Waverly y prendido la nota

en la almohada, adelantar el reloj y barrer el Agujero Secreto. Por otra parte, nació y ha sido educado al servicio de los Waverly. Parece imposible que a última hora tuviera parte en el rapto del hijo de la casa. ¡Esto no es una película!

—Bien..., ¿entonces?

—Debemos proceder lógicamente, por absurdo que parezca. Primero hay que considerar brevemente a mistress Waverly. Pero ella es rica, el dinero es suyo. Fue su dinero el que volvió a levantar la finca. No habría razón para que hiciese raptar a su hijo y cobrar su propio dinero. En cambio su esposo está en una posición muy distinta. Su mujer es rica. No es lo mismo que si lo fuera él... En resumen, tengo la ligera impresión de que la dama no es muy aficionada a repartir su dinero, a no ser por una causa justificada. Pero puede verse en el acto que mister Waverly es un *bon vivant*.

—¡Imposible! —exclamé.

—No tanto. ¿Quién despidió a los criados? Mister Waverly. Él pudo escribir los anónimos, envenenar a su esposa, adelantar las manecillas del reloj y establecer una magnífica coartada para su fiel ayudante Tredwell. El mayordomo nunca tuvo simpatía por mistress Waverly. Es fiel a su amo y está deseoso de obedecer ciegamente todas sus órdenes. Fueron tres personas: Waverly, Tredwell y algún amigo de Waverly. Ése es el error que cometió la policía; no investigar más a fondo acerca del hombre que conducía el automóvil gris con un niño que no era el que buscaba. Ése era el tercer hombre. Recoge a un chiquillo al pasar por el pueblo, un niño de rizos rubios. Entra en Waverly por East Lodge y sale por South Lodge en el momento preciso, saludando con la mano y gritando. No puede distinguir su rostro ni el número de la matrícula del coche ni, por lo tanto, ver tampoco al niño. Entonces deja un rastro falso hasta Londres. Entretanto, Tredwell ha realizado su parte preparando el paquete y haciendo que lo llevara un sujeto de aspecto sospechoso. Su amo puede presentar una buena coartada en el caso de que el hombre lo reconociera, a pesar del bigote postizo que utilizó. Y en cuanto a mister Waverly, tan pronto como oye el alboroto que se ha armado en el exterior y al inspector salir corriendo, esconde al niño en el Agujero Secreto y sigue al policía al jardín. Más tarde, cuando el inspector se ha marchado, y miss Collins no puede verle, le es fácil sacar al niño y llevarlo en su automóvil a un lugar seguro.

—Pero, ¿y el perro? —pregunté—. ¿Y la mentira de miss Collins?

—Eso ha sido una pequeña broma mía. Le pregunté si había algún perro de

juguete en la casa y dijo que no..., pero sin duda hay algunos... en el cuarto del niño. Míster Waverly puso algunos juguetes en el Agujero Secreto para hacer que Johnnie se entretuviera y no gritara.

—Monsieur Poirot. —Míster Waverly penetró en la estancia—. ¿Ha descubierto algo? ¿Tiene alguna idea de dónde han llevado al niño?

Poirot le alargó un pedazo de papel.

—Aquí esta la dirección.

—¡Pero si está en blanco!

—Porque espero que usted la escriba.

—¿Qué diab...? —El rostro de Waverly tornóse escarlata.

—Lo sé todo, monsieur. Le doy veinticuatro horas para devolver al niño. Su ingenio conseguirá superar la tarea de explicar su reaparición. De otro modo mistress Waverly será informada del exacto desarrollo de los acontecimientos.

Míster Waverly, dejándose caer sobre una silla, escondió el rostro entre las manos.

—Está con mi vieja nodriza, a unos quince kilómetros de aquí. Se halla contento y bien cuidado.

—No tengo la menor duda. De no considerarle a usted un padre de corazón, no le ofrecería esta oportunidad.

—El escándalo.

—Exacto. Su nombre es antiguo y honorable. No vuelva a mancharlo. Buenas noches, míster Waverly. ¡Ah! A propósito, un consejo. ¡No se olvide nunca de barrer en los rincones!

GOBIERNO DE LA CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

JEFE DE GOBIERNO

DR. ANÍBAL IBARRA

VICEJEFE DE GOBIERNO

LIC. JORGE TELERMAN

SECRETARIA DE EDUCACIÓN

LIC. ROXANA PERAZZA

SUBSECRETARIA DE EDUCACIÓN

LIC. FLAVIA TERIGI

DIRECTORA GENERAL DE PLANEAMIENTO

LIC. FLORENCIA FINNEGAN



GOBIERNO DE LA CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES SECRETARÍA DE EDUCACIÓN SUBSECRETARÍA DE EDUCACIÓN DIRECCIÓN GENERAL DE PLANEAMIENTO